



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

Tras la búsqueda de recursos. Estrategias y financiación en un periódico anarquista durante el periodo finisecular

Diego Cives

Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 3, N.º 3, diciembre 2017

ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>

FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

Tras la búsqueda de recursos

Estrategias y financiación en un periódico anarquista durante el período finisecular

Diego Cives

diegogcives@gmail.com

Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES)
Universidad Nacional de San Martín
Argentina

El 13 de junio de 1897, en la ciudad de Buenos Aires, se editaba por primera vez el periódico anarquista *La Protesta Humana* (LPH), de salida quincenal y matinal. Aunque lograría una asombrosa e inusual perdurabilidad en el tiempo, el sostenimiento editorial transitaría por sinuosos caminos. Por momentos, la temida palabra déficit volvía a emerger y proyectaba una vez más, la agravante situación. Encendida la alarma, los esfuerzos se doblegaban buscando evitar no ser parte de la nómina de periódicos que nunca lograron reponerse.

La presente ponencia busca indagar las formas de financiación proyectadas e impulsadas por el matutino durante su primera etapa editorial: 1897-1904. El límite temporalidad, lejos de ser azarosa, tiene su justificación en la historia misma del periódico. Se inicia en el preciso momento que su primera edición sale a calle. Además de ser un motivo de algarabía, la dificultad económica se haría presente. Relegando, al menos por un tiempo, el deseo inicial de salir semanalmente. El cierre de la investigación coincide simultáneamente con un suceso largamente añorado y que fuera hecho realidad en abril de mil novecientos cuatro: salir cotidianamente.

A la búsqueda de recursos

Corrían los años treinta, en la radio sonaba los fraseos del tango canción «Donde hay un mango», de Ivo Pelay. Al mismo tiempo que sus estrofas describían la crisis imperante, el compositor interpelaba imaginariamente a un tal «viejo Gómez» buscando dar con ese «mango» ausente: «Vos que estás de manguero doctorao y que un mango descubris aunque lo hayan enterrao, [por más que] me arremango no descubro un mango ni por equivocación; que por más que la pateo un peso no veo en circulación» (1933). Pelay nunca fue un redactor anarquista. Incluso, desconocemos si sentía afinidad por esta corriente ideológica. Sin embargo, este ficticio diálogo bien podría ser la transcripción exacta de una conversación entre dos editores anarquistas a finales del siglo XIX.

Como bien refiere Laura Fernández Cordero (2017), cada nuevo emprendimiento libertario era saludado como un «nuevo campeón de la propaganda» (p. 37). Sin embargo, el problema fundante no se encontraba en su aparición, sino en lo que vendría después: el sostenimiento editorial. Aunque nuestro país contaba con un gran caudal de periódicos ácratas en este periodo, los más afortunados lograban sobrevivir varios años. Otros, meses o semanas. Los menos agraciados: una sola edición.¹ Su prensa periódica, lejos distaba de ser homogénea. Cada ejemplar, por afinidad o por concepción, se alineaba detrás de la postura Organizadora o Individualista.² Más allá de la disputa táctica, todas compartían rasgos en común. Por un lado, el ya citado brete económico. Por el otro, las dos principales fuentes de ingresos: suscripción y venta callejera. Cada grupo redactor era el encargado de llevar adelante tanto las finanzas como los balances, que luego serían publicados en forma detallada. Mayormente, eran estos mismos grupos quienes designaban el precio de venta. En otros casos, su valor no estaba supeditado a la decisión del grupo redactor, sino que eran los suscriptores quienes le asignaban un valor económico, como en el caso de *La Voz de la Mujer* (LVM) y *EL Perseguido* (EP).

Tomando como ejemplo este último caso, a pesar de tener una longeva vida bajo la suscripción voluntaria, las reiteradas crisis económicas, llevaría a sus editores a tomar decisiones más drásticas. Tras continuos pedidos de ayuda «A los compañeros» (EP, 31/5/1895), en su edición número 40, el epígrafe avizoraba el incierto futuro: «este periódico [de ahora en más] saldrá cuando pueda» (EP, 10/4/1892). Apartado que se repetiría hasta su última edición, el 31 de marzo de 1896. Las razones de su cierre exceden aquí un análisis más profundo, pero si hiciéramos una conjetura superficial, podríamos decir que el escaso aporte proveniente de sus lectores sería una de las causas principales de su cierre.

Esto, no obstante, lejos está de ser un caso puramente singular. Si ampliamos el horizonte dentro del movimiento, observaremos que las penurias financieras era un rasgo generalizado. En España, donde su prensa gozaba de una gran vitalidad, el reclamo circundaba sobre el mismo tema: «Por tercera vez sale *Fructidor* [...]. Los que lo redactamos, somos obreros que no contamos más que con nuestra buena voluntad. Materialmente no disponemos de más dinero que el que nos pueden enviar los compañeros que compran el periódico» (Santos, 1988-1989, p. 37). En el caso particular de *La Protesta Humana*, el brete económico, como se pudo ver en la introducción, relegaría el objetivo inicial de salir semanalmente. Obligándola, al menos por un tiempo, a seguir apareciendo «cada quince días durante el tiempo que tarde en recolectar una regular cantidad por suscripción voluntaria destinada á (sic) la creación de un fondo de reserva para asegurar la aparición semanal» (LPH, 13/6/1897, p. 1).

A diferencia del citado *El Perseguido*, el matutino fundado a fines del siglo XIX sí le asignó un valor a cada número suelto: cinco centavos. Además del valor colocado debajo del título, sobre el margen izquierdo, se hallaba el recuadro: «Suscripción». En él se detallaba toda la información relativa a su adquisición, tanto comunitaria como por adelantado —semestral, \$1; anual, \$2—. En cambio, si el lector deseaba adquirirlo en cantidad —mínimo 25 ejemplares— previo pago adelantado, el costo promocional era de \$1. En este punto, es interesante destacar una de las primeras estrategias impulsadas por la redacción a cargo del Catalán Gregorio Inglán Lafarga (1897-1902). En primer lugar, tratar de incrementar las ediciones; en segundo, y principalmente, lograr una mayor difusión del ideario anarquista. La ineludible retórica de concientización y de emancipación de la humanidad —en una concepción universal—, se convertiría en un esfuerzo supremo de todos los que componían el anarquismo. Cuyo objetivo final se hallaba en una futura y utópica *ciudad anarquista americana*, que fuera moldeada por Pierre Quiroule en 1914.

En cuanto a su diseño, cada edición estaba compuesta por cuatro páginas y secciones definidas. Todo lo relativo a las finanzas, contribuciones y balances, si bien no estaba rubricado con un nombre específico, solía encontrarse en la última hoja. Lo primero que resaltaba en letras renegrida serían los puntos de ventas donde hallar el ejemplar. De esta manera el lector sabía que en los kioscos de plaza Independencia, Lavalle, Rodríguez Peña, Monserrat, Constitución, 11 de Septiembre y Victoria; frente a la catedral, podía hallarlos. Sino, en las librerías *Sociológica* (Corrientes 2041), *francesa* (Esmeralda 574) o en Rivadavia 2339. Además de vendedores, las dos primeras, oficiaban, como agentes suscriptores y cobradores del matutino. Un rasgo característico en este tipo de emprendimiento con bajo

presupuesto era el pedido de contribución para su financiamiento: «se ruega encarecidamente a todos los obreros [...] su concurso para la suscripción (sic) voluntaria destinada a asegurar la vida del periódico» (Lobato, 2009, 71). En el caso de LPH, la solicitud tenía un claro objetivo: salir semanalmente. Hecho que quedaba rubricado en la tercera o cuarta columna de la última hoja, dependiendo el día de la edición. Allí, todo aquel oscilante contribuyente que hubiera aportado a la causa podía buscarse en la «Suscripción voluntaria para hacer que salga semanalmente La Protesta Humana». No importaba el monto, sino el compromiso.

Claro está, además de ocupar por momentos extensas porciones de espacio, el variopinto de nombres y de seudónimos, la convertía en una columna por más llamativa. A modo de ejemplo vemos que: «José García [aportó] 0,40», «Manuel seraya 0,15», «un carpintero 0, 20». Otros lo hacían a través del humor: «un sobrante de cerveza 1,70»; «un mono sabio 0.50»; «Salchichón 0,40». Algunos usaban este medio para responder a otros: «no ponga 0,20; «si ponga 0,10». En cambio, los más radicales, su aporte tenía un destinatario o un objetivo preciso: «un fabricante de bombas 0,20»; «uno que quisiera extinguir la langosta de la casa rosada 0,40»; «un zapatero que quiere reventar a la burguesía 0, 20»; «muerte a los frailes, 0, 30», «uno que cuando salga de la... va a carnear burgueses 0,50» (LPH, 1897-1898,4).³ Esta suscripción no era la única. Otros listados también interpelaban al lector buscando captar aunque sea una ínfima contribución. Sin embargo, muchas de ellas no lograban su cometido: ¿qué sucedía entonces con los aportes que se destinaron para tal fin? En algunos casos, el monto volvía a su destinatario. En otros, lo recaudado era destinado para el auxilio de otras suscripciones. Este fue el caso de *El Oprimido*, quien luego de su cierre, la recaudación total fue destinada a LPH. En líneas generales, las suscripciones voluntarias, durante los primeros tiempos, tendía en ir aumento. Mientras que en la edición n° 2, lo recaudado era de 109, 60, cuatro ediciones más tarde, su cifra se elevaba a \$247, 47. Si bien fue una línea evolutivamente zigzagueante, lo recaudado, más los aportes realizados por los redactores, permitió al matutino a partir de la edición n° 10 –17 de octubre de 1897–, ser de ahora en más: el semanario de los domingos. Sin embargo, esto tendría un costo elevado. Tres ediciones más tarde, el periódico publicaba el balance. Su saldo: un déficit de \$133, 40. Las quejas no se hicieron esperar: «Como pueden ver los lectores el déficit es algo más que regular y, para cubrirlo se necesita que todos [...] redoblen sus esfuerzos, busquen nuevos suscriptores y difundan el periódico» (LPH, 7/11/1897). Seis meses más tarde, los problemas seguían sin subsanarse, y en abril de 1898, volvería aparecer quincenalmente. Todo grupo redactor de un periódico ácrata, además de llevar adelante la conducción, debía afrontar contratiempos, que en

ciertas ocasiones, requería una pronta solución. Principalmente, si ese imprevisto afectaba a las principales vías de financiación. Para los grandes medios comerciales, que contaban con una mayor gama de recursos, esto no requería un mayor esfuerzo para su recomposición. En una editorial anarquista, la resolución estaba unida a la astucia e ingenio de sus editores. A esto mismo debió acudir el director de LPH al enterarse que, tras varias quejas, algunos kiosqueros habían decidido por motu propio aumentar el valor de cada edición suelta a 10 cts. Buscando resolver este escollo, se recomendaba que «dos o más compañeros [se junten y] que se suscriban por paquete quincenalmente», para luego ser vendido por su cuenta en talleres o entre sus allegados. O bien, podían suscribirse «a uno o más números así ayudaban a difundir y sostener el periódico» (LPH, 1897, p. 2).

Distinto fue el caso del correo. A suponer por los comentarios, el dinero enviado por carta certificada desaparecía de manera misteriosa. Para evitar nuevas desapariciones, aconsejaban mandarlo por carta certificada y lacrado. Más allá de estos imprevistos, que afectaban a la circulación editorial, ambos recursos, junto con la publicidad a partir de 1904, se constituirán en la base fija de los ingresos del periódico. Esta forma de capitalización la hemos dado en llamar ingresos perdurables. A pesar de los recursos oscilatorios, sus redactores sabían que un porcentaje fijo ingresaría todos los meses.

5

Ahora bien, había otras formas de solventar los gastos que insumía cada edición. Esos recursos se acercaban por obra voluntaria, solidaria o bien, contributiva: fiestas, conferencias, rifas, ventas de libros, donativos, entre otros. Todo era aceptado para lograr salir del atolladero monetario. A veces el expendio provenía en forma particular. Otras veces, era un porcentaje de un destinatario mayor: la prensa escrita libertaria. Veamos algunos casos. Publicado bajo el nombre «Avisos», un simpatizante consustanciado con este medio, hacía llegar a la redacción «tres ejemplares del libro de Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*» para que sea vendido en «beneficio de La Protesta Humana» (LPH, 1897, p. 4). Su valor: \$1.

Otra forma de solvencia era recurrir a las «Tómbolas Populares». Mediante una rifa de 40 productos, cuyo primer premio constaba de «un par de aros guarnecidos de perlas, donación del compañero Edoardo [sic] Capa» (LPH, 1900, p. 4), se ponían a la venta los 1.500 boletos a 0, 25 cts cada uno. Lo recaudado sería destinado, una parte, para *L'Avvenire*,⁴ que atravesaba una angustiante situación económica, y otra parte, para LPH. Los resultados de los ganadores como el monto recaudado serían publicados en la edición 85. De los 1.252 números vendidos el total

recaudado fue de \$324, 60. Sacando los gastos, el saldo neto quedaría en \$272, 25. La mitad ingresaría a las arcas del matutino.

Por estos años, *La Protesta Humana* editaba unos 2.000 ejemplares. Sin embargo, no era suficiente, y quienes lo editaban lo sabían. Por ello, una vez más, se volvía a redundar en una frase que se homologaría en todos los periodos: compromiso. A esto debía sumarse la palabra déficit que terminaría convirtiéndose en la «gran espada de Damocles» de las publicaciones anarquistas (Suriano, 2008: 49); muchas de las cuales no pudieron o bien no supieron esquivar su estocada final. En esta sintonía, el 2 de enero de 1898, en una nota titulada «A nuestros lectores», la editorial notificaba que por exceso de déficits saldría a la calle con un formato reducido. En este contexto, la editorial contaría con una suerte extra: Juan Creaghe. Médico irlandés, director del malogrado *El Oprimido* y, por algún tiempo, mecenas del periódico, quien mediante sus contribuciones ayudaría a convertirlo, años más tarde, en el periódico de mayor relevancia dentro del movimiento libertario.

A principios de 1880, el país recibiría una fuerte corriente inmigratoria proveniente de Europa. Su llegada daría como resultante, entre otras cosas, la prematura incorporación de un nuevo público lector, producto de las campañas alfabetizadoras impulsadas por el Estado a finales del siglo XIX. A su vez, esto se vería favorecido por otro hecho que merece ser tenido en cuenta. Los bajos costos que le insumía a un asalariado la compra de un libro. Mientras que en Europa, un trabajador ganaba un jornal de cinco francos, su adquisición le valía una quinta parte. En cambio, en Buenos Aires, un obrero que cobraba cuatro pesos, un mismo libro, podía costarle cuarenta centavos.

Eduardo Gilimón (1911), histórico militante ácrata, mencionaba que no conocía muchos lugares en el mundo donde la gente sienta una gran afinidad por la lectura como en la Argentina (p. 49). Esto, indudablemente, era una oportunidad para la captación de nuevos suscriptores, y por decantación: allegarse a la ideología anarquista. En este sentido, la editorial lanzaba una colección de libros clásicos del acervo ácrata: Bakunin, Proudhon, Kropotkin, Grave, Malatesta. Cada ejemplar se vendía a precios módicos en la librería del militante librero, Serantoni. En consonancia con lo dicho por Gilimón, la clave no debe buscarse ni en los bajos costos de producción que insumía una impresión ni en su precio accesible, sino en lograr que este tipo de lectura esté al alcance de personas a quienes se interpelaba constantemente: los oprimidos.

Si bien la retórica discursiva era más frecuente entre los trabajadores, a diferencia de otras ideologías, este movimiento, interpelaba a todos los sectores de la sociedad que se hallaban en la condición de sometimiento. Por esta misma razón, el acercamiento y familiarización de autores libertarios, era imprescindible para dar fin a la opresión humana. De esta manera, en enero de 1898, el periódico promocionaba la adquisición en forma de folletín —72 hojas— de un clásico de la literatura libertaria: *La moral anarquista*, de Piotr Kropotkin. Su precio: quince centavos. Lo recaudado sería íntegramente a beneficio de la propaganda de LPH. Como la mayoría de los casos, su adquisición debía retirarse en la librería Sociológica.

Dos años más tarde, en cambio, no sería la librería quien impulse el proyecto de venta de libros baratos. En el artículo «A nuestros lectores habituales», al mismo tiempo que anunciaba la buenaventura de su retorno a la edición hebdomadaria, unos párrafos más abajo, refería a la creación de una «biblioteca económica libertaria popular». Editado una vez al mes, junto con cada ejemplar, el lector podía escoger entre una amplia gama de temas. Su valor oscilaría entre cinco o diez centavos (LPH, 1900: 1).⁵ Claro está, lo recaudado estaba destinado a cubrir los gastos de las ediciones o las deudas. Pero si la circunstancia lo ameritase, podía ser destinado para auxiliar otras hojas impresas. Un ingreso no habitual, pero sí efectivo, provenía de las veladas y recreaciones en espacios públicos. Asiduamente podía observarse recuadros invitando a funciones y veladas. Principalmente, las teatrales. Gala por excelencia en los tiempos de ocio y recreación nocturna de los libertarios: «Gran fiesta literaria» en el teatro Doria, anunciaba en septiembre de 1900 un organizador que, sin dar a conocer su nombre, detallaba sobre que versaría la obra: un texto del intelectual Pietro Gori. Otro grupo, muy afín a la contribución benéfica para recaudar fondos para estos medios escritos fue el centro *Los caballeros del ideal*. Por ejemplo, en el año 1901, el grupo invitaba a una gala en el teatro *Iris* de La Boca. Lo recaudado iría a total beneficio de la editorial a cargo de Lafarga. En cambio, Carlos Cafiero, militante él, utilizaba la afición al baile e invitaba a la gran fiesta libertaria que se daría cita en la localidad de Banfield. Esta vez, lo recaudado ya no sería para un caso en particular, sino a total beneficio de la propaganda anarquista. Un punto nodal, indudablemente, fue las conferencias. En este sentido, los anarquistas fueron prolíficos oradores en su afán de difundir sus ideales. A donde se lo invístase, o se requiera su presencia; allí estaban: círculos obreros, bibliotecas, clubes, salones o lugares recónditos del interior del país. No obstante, esto no implicaba, salvo contados casos como Prat, Basterra, Gori, Ghirardo, Guaglianone,⁶ que entre sus filas se hallaran eximios conferencistas. Además de ser retratados en artículos del periódico, por momentos,

lo recaudado era destinado parcial o enteramente a la propaganda escrita. Hecho que luego era publicado en el balance de la editorial.

1902, sería un periodo signado no sólo por hechos que afectarían a la prensa en particular, sino a todo al anarquismo local. Apenas iniciado el calendario, sin fundamentar los motivos, la redacción se vería obligada a cambiar de dirección en tan sólo tres meses. Paralelamente, sin dar tregua, un comunicado detallaba que por falta de presupuesto, por segunda vez en su historia, el ejemplar saldría con una edición reducida hasta que se pueda regularizar la situación. Exhortando a sus lectores, su director reclamaba mayor compromiso y esfuerzo, aún a costa de «prescindir de algún pequeño placer, para ayudar á sostener el diario» (LPH, 25/1/1902: 1). A mediados de mayo, un particular, atendiendo a la grave situación deficitaria que se estaba viviendo, donaría un retrato de Bakunin para ser adquirido mediante la compra de una rifa.

Llegado el mes de noviembre de 1902, el semanario anunciaba la pronta aparición de la Biblioteca de La Protesta Humana, con sus dos primeros ejemplares: *¿Por qué somos anarquistas?*, de Saveiro Merlino, y *A las muchachas que estudian*, de Ana María Mozzoni. Ambos, de lectura «atrayente, sencilla y comprensible para la masa popular». Cada libro se vendería por paquete en la redacción de la calle Rivadavia 1784. Su precio oscilaría por cantidad de unidades: 25 ejemplares, 2 pesos; 50 ejemplares, 3,50; y 100 ejemplares, 7 pesos. Sin embargo, este proyecto quedaría imposibilitado de hacerse. Unos días más tarde, el día 22, se decretaba la Ley de Residencia: a partir de allí «los locales obreros son allanados y clausurados, la prensa suspendida —hasta el 31 de enero de 1903—, centenares de trabajadores revolucionarios son arrestados, sobre un gran número recae la deportación» (Abad de Santillán, 1930: 96).

Entre los extraditados se encontraba el director de LPH, Gregorio I. Lafarga, reemplazado por Alcides Valenzuela —no fue expulsado por ser argentino—. En la administración lo acompañaría; Juan Creaghe, quien tras la renuncia de Valenzuela, estaría a cargo de la redacción hasta el 1º abril de 1904. Sus coetáneos, lo caracterizaban como una persona con ímpetus y dadivosa: «sostenedor[a], a tal punto, que las entradas de muchos días de su consultorio iban a cubrir necesidades del diario» (Ernesto Quesada, 1974: 82). Desde su arribo, el periódico, que a partir de noviembre de 1903, pasaría a llamarse *La Protesta* (LP), asumiría nuevas estrategias y formas de financiación más osadas. Una de las primeras medidas fue el convenio con todos los kioscos de diarios para que se vendiese en sus estantes, los ejemplares. Es así, que a partir de julio, los canillitas empezarían a vocear su

nombre en las esquinas. Sin embargo, esto no generaría las expectativas esperadas.

En agosto, apremiada por la situación, la editorial impulsaría un proyecto osado. Publicado con el nombre «Al Público», el artículo buscaba interpelar no sólo al militante sino al público en general. Con el objetivo de revertir el revés económico, y al mismo tiempo incrementar suscriptores, impulsaba una nueva estrategia. Todas aquellas personas que quisieran adquirir el ejemplar a la mitad de su valor, 5 centavos, debían dirigirse personalmente a las oficinas de la redacción. El «tentador» precio supondría un gran incremento en la demanda. Nuevamente, sin embargo, los resultados no serían los esperados. Lejos de amilanarse, se redoblaría la oferta de forma más audaz: desde la edición 232, LPH costaría dos centavos. Mismo valor que *La Prensa*, el diario de mayor tiraje del país. Ahora sí, esta medida había logrado parte de su cometido. Las ventas subieron sustancialmente. Pasando la edición de 4.000/5.000 ejemplares a 7.000. Aprovechando los vientos a favor, Creaghe propondría ampliar el rango geográfico de ventas. Para ello, era imprescindible el compromiso y la solidaridad de sus militantes. En el mismo artículo, «La Protesta humana a dos centavos» (LPH, 5/9/1903: 1), se convocaba tanto a hombres como a mujeres para que sean ellos los agentes de venta. Cada uno debía adquirir una cantidad de periódicos y, desde su lugar de residencia, de manera individual o colectiva, fomentar la lectura del periódico. Será así que LPH podría ser leída en confiterías, hoteles, mercados, trenes, talleres, fábricas, casas de comercio, entre otros.

Con el transcurrir de los primeros meses de 1904, en los artículos «La Protesta diario», la redacción anunciaba los venideros cambios que tendrían el renovado ejemplar a partir del 1º de abril. Entre los más destacados se hallaba la adquisición de una imprenta propia y la conversión del semanario en diario. Sin embargo, el irresuelto problema económico se seguía constituyendo como un problema de difícil solución. Desde la redacción, atareados con el tiempo y observando el escaso compromiso de sus lectores, el pedido se convirtió en exigencia: «No pedimos limosna, no mendigamos ayuda, exigimos que cada uno cumpla con su deber, y deber es de todo buen compañero contribuir al sostenimiento de la común bandera» (LP, 20/2/1904).

No obstante, las malas noticias no se disipaban y un mes más tarde otro anuncio estremecía al mundo de LP. Creaghe anunciaba su fin como benefactor del periódico, debido que sus finanzas personales apenas le alcanzaban para vivir modestamente. A pesar del sombrío panorama, el 12 de marzo la editorial daba a conocer la nómina de la nueva redacción que asumiría en escasas tres semanas:

Elam Ravel, en la dirección; dos redactores y un noticiero, un gerente administrador general, un cajero –Creaghe–, un maquinista tipógrafo, ocho tipógrafos, cuatro dobladores y un mandadero. Llegado el mes de abril, LP saldría cotidianamente. Cerrando la edición, un nuevo recurso se haría presente por primera vez en la editorial: el aviso publicitario.

Conclusión

El sostenimiento editorial se convertiría en la gran nube negra, acechante, no sólo de la redacción de LPH-LP, sino todo el amplio espectro de la izquierda en general. El acotado presupuesto puso a prueba, en reiteradas ocasiones, la habilidad para salir del atolladero que, sin desearlo, se encontraban inmersos. Libros, folletos, charlas, rifas, promociones, fueron tan sólo algunas de las estrategias diseñadas para la obtención de nuevos ingresos. Con la mira puesta siempre en un claro objetivo: difundir el ideario. Paralelamente, los intentos de captación de un público más amplio, no había otorgado sus frutos. Y no sólo el amplio público pareciera haber demostrado un tibio interés, sino también sus simpatizantes. Enojados primero, refusillos; después, los reiterados clamores de sus editores solicitando un mayor esfuerzo y compromiso a sus militantes, tuvo resultados dispares. A pesar que la suscripción voluntaria era un recurso que permitía cubrir ciertos gastos, indudablemente, no era suficiente. La asunción de J. Creaghe como administrador principal a partir de 1903, le daría al periódico un nuevo enfoque editorial. Sin salirse, al igual que sus predecesores, de los andariveles doctrinales, sus estrategias impulsadas fueron más allá. La baja de precio, primero a cinco y luego a dos centavos, denota una verdadera apuesta, cuyo objetivo final, era lograr una masividad de ventas, tantas veces añorada. Pese a ello, nada le impediría alzarse con el hecho reconocido que, durante la primera década del siglo XX, el matutino se convierte en la voz escrita del anarquismo argentino. Y no sólo ello, sino que retomando las palabras del compilador más importante de la prensa libertaria; Max Nettlau (1927), el matutino se alzaría con el galardón de haberse convertido en el periódico de mayor longevidad dentro del movimiento anárquico a nivel mundial.

Referencias

Abad de Santillán, D. (1930). El movimiento anarquista en la Argentina, 101-121. Buenos Aires, Argentina: Argonauta.

Suriano, Juan. (2008). Anarquistas, Cultura y Política Libertaria en Buenos Aires, 1890-1910. Buenos Aires: Manantial.

Cordero Fernandez Laura (2017) Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual. Buenos Aires; Siglo XI

Creaghe Juan (1903, 9 de septiembre) «La Protesta humana a dos centavos» En La Protesta Humana[en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

Creaghe Juan (1904, 2 de febrero) «A los compañeros» En La Protesta[en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

Gilimón, Eduardo. (2011). Hechos y comentarios. Y otros escritos: el anarquismo en Buenos Aires: 1890-1910, 66-73. Buenos Aires: Terramar.

Lafarga Ingran(1897, 13 de junio) «A los compañeros»En La Protesta Humana [en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

Redacción (1897, 25 de junio) «Suscripción voluntaria para hacer que salga semanalmente La Protesta Humana». En La Protesta Humana[en línea].Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

Redacción (1897, 15 de julio) «A los camaradas»En La Protesta Humana [en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

LafargaIngran ((1897, 7 de noviembre) «Estado de cuentas de La Protesta Humana»En La Protesta Humana [en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

LafargaIngran (1897, 3 de diciembre) «Avisos»,En La Protesta Humana[en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

LafargaIngran(1900, 10 de octubre) «A nuestros lectores habituales». En La Protesta Humana[en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

LafargaInglan (1900, 25 de octubre) «Tómbolas Populares». En La Protesta Humana [en línea]. Recuperado de <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

Lafarga Inglan(1902, 25 de enero) «Aviso» En La Protesta Humana[en línea]. Recuperado de<http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-protesta/>

LOBATO, M. (2009). *La prensa gremial*. Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Pelay, Ivo (1933) «donde hay un mango», Ranchera. Música Francisco Canaro[en línea]. Recuperado de<http://www.todotango.com/musica/tema/2370/Donde-hay-un-mango/>

Santos, Francisco Madrid (1988-1989). «Medios de financiación de la prensa anarquista».La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra civil. Volumen I Tomo 1 Análisis de su evolución, 1869-1930(35-50). Tesis doctoral. Universitat de Barcelona. Recuperado de http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/59958/3/FMS_1de3.pdf

Notas

1 A modo de ejemplo citaremos a *L'Indicatore* (1892), Río Cuarto; *La Tribuna del Trabajo* (1893), Rosario; *El Revolucionario* (1895), Avellaneda; *La voz de Rovachol* (noviembre de 1895), entre otros.

2 Ambas tendencias diferían sustancialmente en las formas de acción y difusión del ideario anarquista. Para el individualismo, cada grupo debía adoptar las tácticas revolucionarias más adecuadas, y ninguna organización se podía imponer sobre las demás. Dentro de la prensa, sus referentes fueron: *El Perseguido* (1890-1896); *El Rebelde* (1898-1901) *Germinal* (1897-1898). En cambio, para los organizadores, los trabajadores debían organizarse en sociedades de resistencia para defender sus derechos mediante las huelgas. Entre sus mayores exponentes se encontraban: *La Questione Sociale* (1885-1886/1894-1896); *El Oprimido* (1894.1897); *La Protesta Humana / La Protesta* (1897-continúa).

3 Más allá de la mirada contributiva, sus listas terminaban siendo extensas. Con el objetivo de optimizar los lugares, desde la redacción se pedía a los «compañeros [que] se sirvan [de] abreviar los nombres en las listas de suscripción a fin de que las listas ocupen en el periódico el menos espacio posible y dar cavida (sic) a otros originales de más interés para la propaganda».

4 *L'Avvenire* se editó semanalmente entre 1896 y 1904. De tendencia organizadora y con una línea afín a *La Protesta Humana*, la publicación se editó exclusivamente en lengua

italiana. Entre sus colaboradores contó con el famoso orador del movimiento: Pietro Gori. La cifra de ediciones oscilo entre los 2.500 y 3.000 ejemplares.

5 La lectura abarcó un gran caudal de temas. El primer ejemplar versaría sobre el servicio militar obligatorio, luego seguirían por orden de aparición: la guerra, huelga general, parlamentarismo y elecciones, agricultura y campesinos en épocas de cosechas, y otros.

6 Guaglianone, a fines de enero de 1902, emprendería una extensa gira por gran parte de la Argentina, llegando a dar más de 80 conferencias.